

OPINIÓN

Cinco años del país al que no quiero volver

‘AHORA SOY UN ESPECTADOR a la distancia de lo que pasa en México, desde un autoexilio meditado en el que no hay nostalgia ni apuros por regresar’.

Cuando el televisor comenzó a escupir los resultados preliminares de la elección la noche del 2 de julio de 2000, en la redacción del periódico donde trabajaba creímos que había un error.

Antes de que se contabilizara el total de los votos, el entonces presidente Ernesto Zedillo apareció en el recuadro del televisor para confirmar que era cierto.

Por primera vez en más de siete décadas, un partido distinto al PRI tomaría las riendas del país. Como editor en jefe, decidí escribir un editorial en el que aclaraba que, si bien yo no había votado por Vicente Fox, éste había sido elegido de manera democrática y legítima y, por ello, merecía el apoyo de todos los mexicanos, incluido el mío, y un voto de confianza para sacar el país adelante.

Las palabras que escribí entonces intentaban dar aliento a la esperanza tantas veces derrotada de que algo podía cambiar, para bien, en el país en el que viví hasta hace cuatro años y en el que dejé de reconocerme desde tiempo atrás.

Ahora soy un espectador a la distancia de lo que pasa en México, desde un autoexilio meditado en el que no hay nostalgia ni apuros por regresar.

De los dos Méxicos que componen al país, nací y me formé en el que toma decisiones, el que tiene servidumbre a todas horas del día, el que va a escuelas y médicos privados.

Soy hijo del México privilegiado y la conclusión a la que llegué hace cuatro años, un año después de la derrota del PRI, es que no quería vivir ahí.

No soy el único. No para desgracia mía sino, creo yo, para la del futuro del país. La mayoría de mis amigos viven ahora fuera de México por decisión propia, como yo, y sin intenciones de volver, como yo.

Vivir en la zona del privilegio conlleva a estas alturas un grado de complicidad en el que no quiero, por una cuestión de principios, participar.

La erosión de la convivencia social en México no es responsabilidad de la mediocre clase política ni de la lucha encarnizada por el poder entre los carteles del narcotráfico, sino únicamente su reflejo.

El cambio real hacia una convivencia democrática auténtica no se logra con la alternancia partidista ni con procesos electorales incuestionables,

como se ha hecho evidente en los últimos años.

La verdadera transición a la democracia tendría que pasar por dejar atrás los privilegios de una minoría para normalizar la convivencia y una renuncia a los prejuicios acompañada de un voto de confianza por parte de la mayoría que vive en la pobreza y marginada del área de las oportunidades.

Pero nadie parece pensar que eso pueda ser una opción. No conozco a nadie que viva en la zona de la comodidad y que esté dispuesto a ceder una mínima parte de sus privilegios, algunos de los cuales —llevar escolta o vivir en casas rodeadas de rejas electrificadas— han transmutado en deformaciones de la convivencia social cuya normalización no ha hecho más que subir el volumen de una violencia que no me interesa padecer.

Minucias a un lado, la creencia de que el cumplimiento de la ley sólo es obligación para quien no tiene dinero y la convicción de que, sin importar el nombre del partido que esté en el poder, el control del país debe recaer en una pequeña

élite económica y no en toda la población representada por las instituciones permanecen, a cinco años de la sobrevaluada derrota del PRI, como los dos más grandes privilegios del México que manda, como las dos peores maldiciones del México que obedece.

A nivel personal, mi gran contradicción es que, en tales circunstancias, ser mexicano y vivir fuera de México, vivir aquí en Estados Unidos de manera legal con un buen trabajo y con la tranquilidad que eso supone, es un privilegio al que he tenido acceso en parte por pertenecer al México privilegiado.

Si algún día decido volver, es probable que cual hijo pródigo, el seno social que abandoné me reciba con los brazos abiertos y me ayude a retomar las comodidades —protegidas por una reja eléctrica para que la realidad no las amenace— que perdí en el exilio.

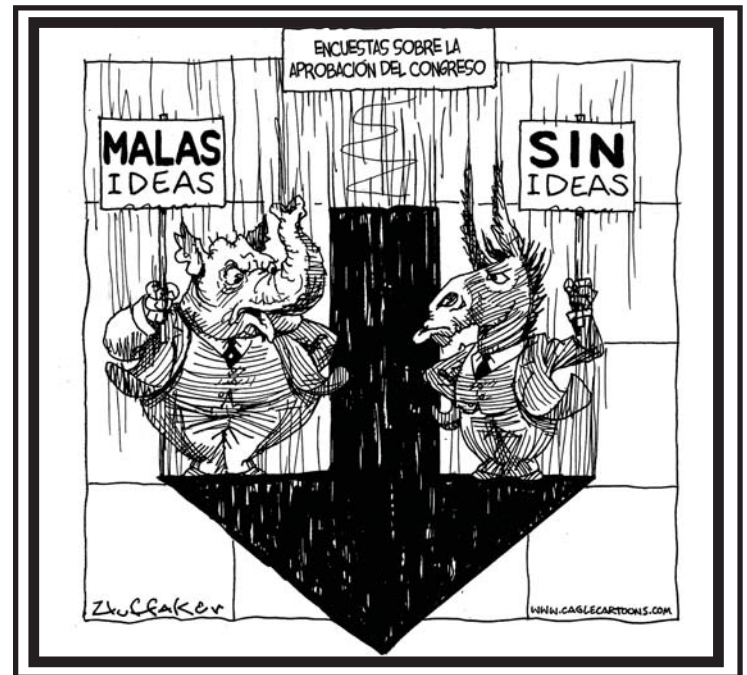
El otro México, para entonces más violento, más pobre, más desolador y más desesperado por emigrar como yo pero sin los medios para hacerlo sin correr peligro, estará esperándome también para que lo mire desde un cristal blindado y pueda comprobar que las cosas sólo han ido a peor.

—Antonio Ruiz Camacho
es editor de RUMBO de Austin.



ANTONIO
RUIZ C.

LA INEFICIENCIA



Ojo con el sueño de la casa propia

EN ABRIL conocí al Sr. Fermán Cuadros, mexicano y residente de Texas desde hace una década. Cuadros es un pequeño empresario que ha trabajado muy duro para establecer su negocio de reparación de llantas.

Cuadros se ha sacrificado para darle una mejor vida a su familia y quiso comprar bienes raíces. Meses después de pagar \$25,000 en efectivo por una casa fue desalojado. En su contrato con FCI Equities, la firma nunca le indicó que la propiedad estaba sometida a derecho de retención y nunca le transfirieron el título de propiedad.

Cuadros es una de varias personas que invirtieron todos sus ahorros para comprar a FCI viviendas sometidas a derecho de retención, como deudas por impuestos u otras obligaciones no pagadas por dueños anteriores. Muchas veces la cifra adeudada superaba el valor de la propiedad. Y FCI tomó medidas extraordinarias para que los compradores nunca se enteraran de la retención hasta haber pagado en efectivo.

Lo más preocupante es que todos los afectados son inmigrantes hispanos.

He demandado a esta empresa y haré todo lo posible pa-

ra llevar ante la justicia a una amplia red de estafadores y hacer que devuelvan el dinero.

El deseo de tantos inmigrantes de ser dueños de su propia casa, y su preferencia por pagar en efectivo, los han convertido en presa fácil.

No se deje engañar. La compra de una vivienda es probablemente la mayor inversión de su vida. No confíe en alguien que condiciona la entrega de la propiedad al pago de grandes cantidades.

De hecho, siempre consulte con una empresa independiente de investigación de títulos —title search company— para determinar si tienen deudas pendientes u otros impedimentos legales que pudieran responsabilizarlo a usted.

También se aconseja contratar a un evaluador independiente para asegurar que la vivienda realmente vale el dinero que le piden.

Puede llamar a nuestra oficina al 1-800-252-8011 o visitar www.oag.state.tx.us para recibir información y orientación en español sobre las precauciones a tomar antes de comprar vivienda, y para denunciar cualquier estafa.

—Greg Abbott es
procurador general de Texas.



GREG
ABBOTT

MEXIMERICA MEDIA, INC.

EDWARD SCHUMACHER MATOS
Presidente y Director General Editorial

GIOVANNA RUEDA
Vicepresidenta de Circulación y Marketing

GABRIEL SAMA
Coordinador Editorial

ADRIÁN ÁLVAREZ
Director de Arte

JONATHAN THOMPSON
Director General de Operaciones

ELAINE OLÁEZ
Gerente de Finanzas

JONATHAN FRIEDLAND
Vicepresidente Editorial

MARK STACEY
Director de Publicidad Nacional